

Pirandello, la realidad siempre supera a la fantasía. Todos cantaron, bailaron y bebieron sin límites. Bidart y su mujer, la cubana Consuelo Salvador, y Pallás bajaron en Río y allí se quedaron. El resto de la comitiva siguió viaje a Madrid, alternando las fiestas con los mareos y soñando en voz alta con todo lo que harían en una Europa seducida por el tango.

II.

Para Enrique, Madrid siempre iba a ser «esa ciudad donde las casas sólo sirven de pretexto a la gente para echarse a la calle». La vida callejera de los madrileños le atrajo desde el primer día. Junto a la calidez del idioma común, había un estilo español de cultura urbana que favorecía la integración de una figura tan porteña como Discépolo. Ver a «todo el mundo viviendo en la calle», como si estuviera parado en una esquina de Buenos Aires, fue para el autor de *Yira... yira...* la mejor introducción a Europa.

Por cierto que la bienvenida que les ofreció Lola Membrives —una argentina españolizada— hizo todo más agradable y fácil. Enseguida empezaron los contactos: con Jacinto Benavente, con Federico García Sánchez, con el actor Ricardo Calvo, con Valeriano León y Gregorio Martínez Sierra, con los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero. En la mayoría de los casos, se trataba de viejos conocidos de un Buenos Aires cosmopolita. ¿Qué español destacado no había visitado alguna vez la capital argentina?

Pero un reencuentro fue especialmente afectuoso y en cierto modo trascendente: Federico García Lorca fue, en algunos tramos de la gira española, un notable cicerone de Enrique y Tania. Si bien se habían conocido en Buenos Aires —Tania recordó una velada muy concurrida en el departamento de Cangallo—, la gran amiga y admiradora del granadino era la Membrives, que había oficiado de anfitriona argentina entre octubre de 1933 y marzo del 34. La estadía de García Lorca en Buenos Aires había sido fructífera: no sólo había frecuentado a las principales figuras de la *inteligencia* argentina —y en particular a las vinculadas con la actividad teatral— sino que había escuchado tangos en los cafés de la calle Corrientes y, según contaría años más tarde César Tiempo, se había abrazado con Carlos Gardel en el *hall* del Teatro Smart.

Federico y Enrique compartieron el recuerdo cercano de Buenos Aires, la actualidad de la joven República conflictuada y algunos secretos literarios. Tania citó muchas veces la imagen de los poetas y músicos caminando como hermanos por las calles de Madrid, trenzados en interminables

conversaciones, y una noche en la que Federico le confió a Enrique lo que aún no habían leído los españoles: los originales de *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejía*.

La vida social no obstaculizó la concreción del objetivo central del viaje. Recién llegados a Madrid, Enrique y Scalise se abocaron a la difícil tarea de formar una orquesta de tango con músicos españoles. Los empresarios de los teatros Casablanca y Palacio de la Música ya habían hecho una pre-selección de músicos, de la que quedaron los 25 de la orquesta que, durante nueve noches consecutivas, iban a exponer ante el público madrileño un repertorio prototípico, ensayo de antología de la especie.

El único tema de roce entre los productores y Discépolo fue la vestimenta de los músicos. El autor le diría más tarde a un periodista de *Radiolandia*: «Yo quise eliminar, en nuestro caso, esa característica común a todos los conjuntos criollos que actúan en Europa, al extremo de desvirtuar, con chiripas de lamé y rosas bordadas, la verdadera indumentaria gaucha. Los muchachos de mi orquesta usaban trajes de etiqueta muy discretos».

Las actuaciones fueron inmediatamente aceptadas. A pocos días de estar instalados en Madrid, Enrique y Tania se dieron cuenta de que no iba a ser muy difícil devolver los préstamos contraídos en Buenos Aires. Los españoles estaban encantados con el tango, y en particular con los tangos de Discépolo. En mayo de 1935, los aplausos del Palacio de la Música fueron la nota principal de la sección de espectáculos de *El Heraldo de Madrid*: «Discépolo no se ha limitado a ejecutar tangos. Ha hecho algo más. Sus audiciones fueron precedidas por pequeñas *causeries* en las que, en tono amable e irónico, les tomó el pelo a los gauchos que aparecen en las orquestas típicas y a las leyendas más o menos verosímiles que circulan en Europa sobre algunas características de su país».

Tania repuso *Cuesta abajo*, *Confesión*, *Ya vendrán tiempos mejores* y *Yira... yira...* y presentó *Cambalache*, ante un público complacido y bastante desconcertado. El claro tono desmitificador de Discépolo respecto a cierto estereotipo de la Argentina, empezando por la indumentaria, se correspondió con el carácter de una música que sabía ser tan amarga y sarcástica como triste. Otra imagen del mundo del tango fue revelada. Una imagen que respondía tanto a un criterio de verosimilitud y verdad, como a una poética de la canción porteña más teatral y expresionista.

En junio, después de hacerle el gusto a Tania y visitar Toledo —«Uno de los sueños que solemos tener cuando nos quedamos dormidos con un libro de estampas antiguas en la mano», repasó años más tarde Enrique—, orquesta y solistas se dirigieron a Barcelona. Allí también la España Republicana, en plena efervescencia, festejó al tango a tarvés de Discépolo, su

embajador. Los argentinos acababan de ser contratados por un importante circuito teatral que los llevaría por las ciudades del interior. Todo era motivo de alegría. Una muy cuidada publicidad había empapelado los tranvías con los nombres de Enrique y Tania. El mundillo catalán se había movido muy bien, y fue retribuido con los mejores tangos del momento.

Después de una festejada versión de *Esta noche me emborracho*, el teatro Coliseum de Barcelona vibró de entusiasmo con *Cambalache*, el tema mejor recibido en Barcelona. Más de un anarquista del POUM y más de un militante de Partido Socialista Unificado de Cataluña escucharon en la flamante letra de Enrique el diagnóstico más exacto y crítico de un mundo en crisis.

Las simpatías que entre la agitada izquierda catalana despertó *Cambalache* —cuyo estreno «oficial» se concretó por esa misma época en el teatro Maipo de Buenos Aires, en ausencia de su autor— no impidieron que Tania, en compañía de Enrique, se demorara varias horas en la iglesia de Belén, junto a la tonadillera Ofelia de Aragón. El sentimiento religioso de la ex cupletista convertida en cancionista de tango poco antes de conocer a Discépolo, se reavivó en contacto con la arquitectura y las costumbres de su país de origen. Enrique no protestó nunca. Con paciencia, y quizá también con curiosidad artística, visitó con su mujer decenas de iglesias españolas.

Una de esas excursiones iba a ser motivo de inspiración para un tango que se estrenó casi una década más tarde. En el monasterio de Valdemosa, en Palma de Mallorca, Enrique tuvo una experiencia casi mística, pero directamente vinculada con la historia del arte. Sus dedos jugaron un instante sobre el teclado de Federico Chopin, quien había vivido, no sin cierta culpa, su atormentado amor con George Sand en ese refugio, a cubierto de la política pero no de la enfermedad. El costado romántico y un tanto folletinesco de Discépolo afloró enseguida: «Aquello era despiadadamente triste. Tal vez haya influido en mi ánimo el recuerdo de aquel pobre músico que tuvo que confinar su enfermedad en ese apartado rincón de la isla... Recuerdo que recorrí los corredores penumbrosos y húmedos y no podía dejar de pensar que por allí, arrastrando su tos, había andado Chopin. Me imaginé la angustia de aquel hipersensible condenado a esconder su enfermedad en ese monasterio despiadado y sin poesía, acosado por las dos fiebres terribles: la del cuerpo y la de la creación». De aquel descubrimiento, nacería *Una canción desesperada*.

La gira por el interior les deparó algunas sorpresas, las futuras anécdotas que, incansablemente, Enrique le iba a contar a todo Buenos Aires. En Cangas de Onís, el dueño de la sala en la que iban a presentarse no estaba

enterado de la actuación. En apenas dos horas, el avergozando propietario dejó todo listo para el concierto. Como se estaba haciendo costumbre, los músicos fueron aplaudidos por una sala repleta. Nada podía interponerse entre Enrique y Tania y el público español.

En Sevilla, el recibimiento no fue menor al que les había preparado el pueblo catalán. La actuación en el teatro San Fernando fue precedida por una publicidad tan intensa que Enrique estuvo a punto de sentirse intimidado. Pero su entrenamiento actoral, trabajado durante muchos años en los teatros porteños antes de la epifanía del tango, lo sacó del apuro, una vez más.

De día, Sevilla fue el sitio perfecto para el vicio del *flaneur*, con los sentidos siempre agudizados. «Sevilla es la fiesta del sol, del cielo azul y del perfume», iba a declarar al regresar a la Argentina. «Un perfume a jazmines que inunda las calles, que parece olerse en las manos, en las sábanas, en las paredes... Un perfume que sale de las ventanas enrejadas, de una de esas ventanas misteriosas en las que una noche emocionado, me detuve a escuchar un tango mío... Allí me sucedió algo raro. Yo, que en la Argentina jamás había soñado con escribir una zamba, la pensé y la escribí allá lejos. Fue entonces que hilvané los primeros compases de *Cascabel prisionero*. Parece absurdo, verdad, pero lo hice porque los recursos me empujaban y porque de esa manera, inconscientemente, me acercaba a mi tierra, esa Argentina cuya presencia volvía siempre a manotearme».

La vida de Enrique y Tania en España estuvo signada por las demostraciones de amistad y cordialidad de los intelectuales que hacían cola frente a la puerta del camerino del teatro de turno para felicitar a dos figuras que les mostraban otros matices del tango. La red de relaciones se ampliaba día a día: «chatos de manzanilla» en un mesón de Madrid, pláticas con Ricardo Calvo, tramos cantando tangos a coro con algunos argentinos expatriados, intercambio de impresiones sobre la Argentina y España con Eduardo Marquina.

Una tarde, antes de la función, Enrique se cruzó por la Gran Vía con Raúl González Tuñón. Hablaron de España y sus castas sociales, de lo leído en los periódicos y lo intuido en los rostros de los hombres públicos. «Ahora comprendo por qué aquí, cuando se arma un lío, todo el mundo se tira contra los curas y los militares», le dijo Enrique a Raúl. Palabras que fueron música para los oídos agudizados del hombre de *Crítica* en España.

Pero lo único que affligió verdaderamente a Enrique en esos días fue la noticia de la muerte de Carlos Gardel. En los titulares de los diarios españoles vio los restos del accidente, lloró al ídolo muerto y empezó a hacerse a la idea de que sus próximos tangos, incluido el flamante *Cambalache*, ya no tendrían un intérprete tan perfecto.